

mucho después, en fechas en que a nuestro historiador no le era ya posible enterarse, John Losse ha escrito un volumen sobre teoría de la ciencia en el que hace ver que las creencias religiosas y metafóricas vigentes en el medio social condicionan el desarrollo de la ciencia y la dirección en que se produce.

Pero todavía nos queda por examinar un último libro de Altamira en el que descubrimos pasajes muy interesantes relacionados con nuestro tema. Es una obra en la que insiste y aun refuerza su fundamental planteamiento psicológico de la historia de España. Su título: *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*⁷⁶. En él observamos cómo vuelve su atención —y estoy por decir que preferentemente— al factor colectivo y anónimo en la producción de la historia. Y para ello parte de una observación que tiene interés y que le había de llevar por el camino indicado: «La documentación histórica que hoy manejamos es, en relación a la mayoría de los siglos transcurridos, documentación oficial o de las pocas personas que sabían y podían expresar sus ideas y sentimientos» —había que añadir: y que se tomaban en cuenta por la minoría dominante en su época y más tarde por los escritores de historia política—. En consecuencia, se había de hablar tan sólo de personajes, de héroes, de hechos singulares que aunque fueran de una masa aparecían con un carácter singular —por ejemplo, batalla de Rocroi—, no haciendo referencia en ellos más que a las primerísimas personas. Hoy no resulta incuestionable que no se pueda creer que las capas inferiores de una sociedad no hayan intervenido, en ocasiones principal y aun decisivamente, en la mayoría de los acontecimientos de la historia, porque ésta sólo se hallara sometida a la acción de las clases superiores; acciones violentas, tales como revueltas, sediciones, revoluciones, movimientos de inspiración mágico-religiosa, manifestaciones de resistencia pasiva, actitudes resueltas y amenazadoras, actitudes sobre una corriente de opinión, adhesión multitudinaria a un personaje dotado de atracción carismática, etcétera, etcétera, produciendo incluso, a veces, una doble y opuesta corriente de civilización, han pasado durante siglos sin llamar la atención de los historiadores y en la historiografía actual han pasado a tener un protagonismo de primer plano.

En la tardía fecha de 1956, siguiendo la nueva perspectiva que el tiempo ha traído, anuncia que lo importante es captar el movimiento histórico colectivo. Esta novedad y esta incorporación de Altamira a la nueva dirección historiográfica que se ha impuesto en un amplio sector, nos lleva a reproducir con cierta extensión el pasaje en el que declara explícitamente su nueva manera de ver. «En todos los casos que enumero, la exigencia histórica preliminar consiste en descubrir esas actividades colectivas. La dificultad de descubrirlas estriba en que no siempre han perdurado testimonios directos o indirectos de su existencia. La historiografía tradicional nos ha transmitido un corto número de ellos porque, durante siglos y aparte circunstancias excepcionales, el sujeto histórico visible para los historiadores ha sido, no más, el jefe del Estado con su cohorte de colaboradores, y pocas veces han mirado hacia la masa y recogido sus hechos. Además, éstos no han hallado, hasta tiempos muy recientes, la posibilidad de darse a conocer de que gozaron las minorías cultas. La documentación histórica que hoy manejamos es, con relación a la mayoría de los siglos transcurridos, documentación oficial o de las pocas personas que sabían y podían expresar sus ideas y sentimientos por escrito. Si quien tiene aquellos sen-

⁷⁶ Buenos Aires, 1956.

timientos e ideas no lo puede hacer así, o no los revela a quien podría contarlos, ni tampoco realiza actos exteriores que los plasme, el historiador no encuentra por dónde adivinarlos. Carentes de esa fijación que los hubiera perdurado, se esfuman rápidamente y desaparecen con las generaciones contemporáneas que los pudieron oír u observar personalmente. Los vacíos de esa especie de información son numerosos. Sin embargo, como es cierto que hasta ahora no se han conducido en esa dirección las investigaciones históricas, salvo casos aislados, es lícito creer que si se emprenden estudios concretos como, con respecto al arte, ha llevado a cabo Gillet, aparecerán testimonios que hasta ahora ignorábamos»⁷⁷.

Pero todavía hay más, que ha de tomarse en cuenta, en ese último libro que he citado. En él consta el descubrimiento —que todavía no ha sido tomado suficientemente en cuenta por los historiadores— de que el binomio genio-colectividad es insuficiente. Desde luego, la sociología sabía ya esto, pero la historiografía no, y aun falta bastante para que replanteen sus investigaciones en esa dirección que la presencia de lo que con terminología de Altamira llamaríamos un tercer sujeto histórico. He aquí cómo lo expone: «La observación concreta de los hechos de un pueblo, que obliga a condensar la atención sobre un grupo determinado de pensamientos y acciones, aleja el peligro que lleva en sí el planteamiento del problema en abstracto (que es como generalmente se estudió hasta ahora) y empieza por enseñarnos que la participación en el proceso histórico no se produce siempre en los términos simples de *genio* y de *colectividad*, sino muchas veces en la oposición o en la contribución conjunta de minorías dirigentes por razón de poder social o político, de inteligencia o cultura, etcétera, y de mayorías dirigidas o, por lo menos, sometidas. Pero tampoco es ésta la única posición que nos revela la Historia de los pueblos, ya que más de una vez lo que se ha producido es una doble vida nacional o de grupos humanos, cada uno de los cuales realiza operaciones distintas: una, ostensible y espectacular, que es la que han recogido los historiadores durante siglos y que, generalmente, se llama «historia política»; y otra, oscura, pero no menos eficiente, que se ejerce en los sectores íntimos de la vida individual y social»⁷⁸.

Altamira recoge aquí, a su manera, la versión historiográfica que Trevelyan, que Lucien Febvre había ya puesto en práctica con excelentes frutos: la historia profunda, la de una y otra de las sociedades humanas que no tienen una faz singularizada, que tienen un rostro anónimo, pero detrás del cual se desenvuelve la vida colectiva y se producen los cambios que alteran los modos de insertarse en su coexistencia los individuos que integran los grupos o comunidades políticas. Es una historia profunda, ese plano del acontecer al que Unamuno llamó intrahistoria, en busca de lo que los grupos humanos viven en íntima correlación. Es cierto que Unamuno y Altamira no han llegado al mismo punto, aunque considero seguro que el segundo se sintió atraído hacia lo que el primero había señalado. Pero ni Unamuno dijo la última palabra para aclarar qué era eso de la intrahistoria ni le correspondía llevarla a la práctica, ni Altamira cayó en la cuenta de que para llegar a un nuevo término podía seguir marchando por el mismo camino: la psicología.

Nuestros dos pensadores, puestos ante la tarea de historiar bajo la nueva luz que les aparecía, probablemente hubieran hecho suya la frase arriesgada de Lucien Febvre: «Pas

⁷⁷ P. 46 y 47.

⁷⁸ P. 45.

l'homme, encore une fois: jamais l'homme; les sociétés humaines, les groupes organisés»⁷⁹. El objeto del estudio de la historia es siempre el mismo: los hombres. Pero nunca el hombre singularmente destacado, abstracto y contando supuestamente con los recursos que él ha puesto, ni el hombre eterno, inmutable, perpetuamente idéntico a sí mismo. Los hombres, en el cuadro de las sociedades de las que son miembros y en una época determinada de éstas. El medio social penetra al agente de un hecho histórico, constituye su entorno y en gran medida determina su creación. Y, una vez realizada ésta, sigue la colaboración activa de las masas, el peso de su mundo social, irresistible y constrictivo⁸⁰.

La Historia como reveladora de la psicología de los grupos humanos

Un pueblo o una nación (conceptos que identifica bajo la doble influencia, a mi parecer, de Michelet y de Fichte) es fundamentalmente una «determinación psíquica», lo que permite hablar de su *genio* o de su espíritu (y es sabido que esto procede de una larga corriente europea que arranca de Herder), y en consecuencia, hablar de su cultura como de un depósito a conservar y enriquecer. Esas «determinaciones» existen, traducéndose en las costumbres, en la ciencia, en el arte, en toda la idealidad de los pueblos, señalan sus más notables diferencias y afirman su personalidad en el mundo»⁸¹. La que llama personalidad de un grupo orgánicamente constituido, como una nación por ejemplo, no depende del suelo, ni de la raza, ni de la economía, ni de la lengua, ni de otros factores singularmente tomados. La hace surgir «la existencia de un espíritu común en el grupo», el cual sí se ha formado por la larga acción de múltiples factores. Sin embargo, tampoco es fácil de definir ese espíritu y, para aproximarse a reconocer éste, lo principal «es la existencia en un grupo de hombres de cierta unidad más o menos concreta, en los intereses, creencias y aspiraciones, en el ideal y sentido de la vida»⁸².

«Por bajo de todas las influencias extrañas, el espíritu de cada pueblo subsiste y se impone». Si se disolviera, el pueblo desaparecería. Es evidente, no obstante, que a pesar de su inarrraigable presencia en una colectividad, nos encontramos ante una incapacidad de establecer leyes generales que fijen la determinación diferencial de cada grupo, lo cual hay que achacarlo —ya se dijo algo sobre el tema— al atraso en las investigaciones sobre psicología colectiva. A pesar de la fuerza y permanencia que confiere Altamira, hay que elogiar la seriedad con que rechaza la atribución de unas u otras características a un pueblo, sin más que un capricho ahistórico en mantener unas tesis —por ejemplo, sobre conversos— y una ligereza en dejarse llevar de unos datos reducidos en número, alcance significativo y área de investigación. Pero Altamira —respondiendo a modos de ver de su momento (y que no debieran ser ya los de hoy, en modo alguno)—, insiste en que, a pesar de las reservas hechas, la conciencia popular y algunas conclusiones de la ciencia «bastan para sostener la existencia real de las diferencias entre los diversos pueblos anti-

⁷⁹ Véase su obra *La Terre et l'évolution humaine*, trad. de Luis Pericot García, Unión Tipográfica, México, 1955.

⁸⁰ Lucien Febvre: *Combats pour l'Histoire*, París, 1953, pp. 21 y 211.

⁸¹ Psicología del pueblo español, p. 47.

⁸² Ob. cit., p. 57.